

## Un general de Napoleón en España: convención y transposición literaria de 1808

DANIELLE DUBROCA

ÁNGELA FLORES

M<sup>a</sup> VICENTA HDZ. ÁLVAREZ

Universidad de Salamanca

### Résumé

Le général Thiébault écrit ses *Mémoires* dans les années trente du XIX siècle. Les souvenirs de son séjour en Espagne et de la Guerre de l'indépendance ont subi la force du temps et la transposition littéraire. Thiébault réorganise son passé et son rapport à l'histoire: les stéréotypes qui signifient le pays conquis et son peuple, travaillent son texte en filigrane.

### Mots-clé

Thiébault; Mémoires; Guerre de l'indépendance; Espagne; Stéréotypes.

### Abstract

General Thiébault wrote his Memoirs in the 1830s. His memories of his time in Spain and the Peninsular War have suffered from the passing of time and literary transposition. Thiébault reorganized his past and his place in history: stereotypes representing the conquered country and its people run through his writing.

### Key words

Thiébault; Memoirs; Peninsular War; Spain; Stereotypes.

Un memorialista lucha contra el tiempo, contra la fragmentación, el olvido y la muerte. Su propósito es reconstruir una unidad imaginada y perdida; atribuirle coherencia a una idea, justificarla, justificarse. Las “memorias” como género, proporcionan una serie de lugares comunes que constituyen un paradigma y las convierten en modelo. Curiosamente, los memorialistas son grandes lectores de memorias. El género les facilita el modelo, la estructura y una serie de puntos de encuentro, balizas de la escritura, índices de la lectura, y al mismo tiempo lugares de conflicto: ¿cómo recuperar una experiencia personal, aparentemente única, y cómo decirla en los motivos de una historia común y una técnica experimentada? y ¿con qué finalidad?

El general Thiébault escribe sus memorias en los años 30 del siglo XIX. Se publican

a finales de siglo XIX gracias a su hija Claire Thiébault, siguiendo el manuscrito original<sup>1</sup>. Como buen memoralista, el general Thiébault reconstruye artísticamente los hechos y los recuerdos; frente al tiempo inexorable y destructor de la realidad, que sólo pasa, juega con el tiempo, que vuelve, recurrente en sus momentos clave, elige, superpone, compara, comenta, establece analogías y contrastes sólo posibles en el momento presente y lúcido de la escritura.

Como Thiébault, también nosotros hemos efectuado elecciones en ese tiempo, y nuestra lectura ha sido parcial y dirigida por la historia:

2008, bicentenario de la guerra de la Independencia. El barón Thiébault, general de Napoleón, en 1808 y 1812 se encuentra en la Península. Gobernador de Burgos durante el impuesto reinado de José Bonaparte, es un testigo directo, ideal para transmitir una imagen de España que tal vez se desvíe de la imagen y estereotipos del romanticismo literario.

La traducción al español de los capítulos de las *Memorias* que se refieren a esta época, y a este espacio, el que se conocía hasta hace poco como Castilla la Vieja, nos ha facilitado el contacto con unos textos -aparentemente al margen de la gran literatura a la moda- que dicen algo del género, del autor, de la época y de España. Textos de tensión, donde se articula en un esfuerzo de arquitectura y equilibrio “el yo”, “la historia” y la “cultura”: todas las convenciones y las formas que la literatura de viajes ha puesto de moda y el intento confesado de todo memoralista, lugar común del género: decir la verdad, ser fiel a la historia<sup>2</sup>.

Con ocasión del bicentenario, hemos traducido los capítulos que se refieren a la guerra de la Independencia; aquellos que tienen lugar en Castilla la Vieja y las zonas de Portugal próximas a Salamanca y Ciudad Rodrigo: el capítulo VIII del tomo III, y del capítulo VI al XV y último del tomo IV, donde Thiébault relata el adiós de los españoles, su definitiva salida de España. En cuanto a las fechas, estos capítulos contemplan los acontecimientos ocurridos entre 1808 y 1813. Pero han pasado muchos años cuando el general Thiébault empieza a redactarlos y emprende su recuperación.

Dejando al margen los problemas de traducción, que en la mayoría de las ocasiones han sido nuevas ventanas abiertas a la comprensión de los estereotipos y que analizaremos en otro momento, vamos a ver qué deben estas “Mémoires” al género “memorias”, a la tradición y al gran barrido romántico; cómo se construye el sujeto en su relación con la historia, cómo los acontecimientos se articulan en la trama de una vasta novela y se responden de capítulo en capítulo. E intentaremos señalar, en relación con el tema de España y los españoles, qué motivos interesan al general y el punto de vista que propone.

No sabemos con qué información contaba el general Thiébault antes de su primera

---

1 Todas las citas señaladas pertenecen a esta edición de 1883-1895. En las citas se señala el tomo y la página; y en aquellas que corresponden al tomo IV, en el que aparecen el mayor número de referencias a la realidad española, sólo se señala la página.

2 Son unas *Mémoires* escritas al final de la vida. Thiébault podría decir como Chateaubriand: «j'ai fait l'histoire, je pouvais l'écrire». Como un clásico escribe sobre el tiempo, lo interpreta; como un romántico, entra en ese tiempo, se sitúa y participa en su historia.

venida a España. Pero lo que sí resulta evidente es que entre 1813 y el año en el que empieza a redactar sus memorias recorrería muchas lecturas que dejaron sin duda un poso en su relato. El general Thiébault se conforma, en la medida de lo posible, a un intertexto conocido y cercano que le sirve de referencia y de justificación. Recordar su entrada en España vuelve a significar, años más tarde, entrar en otro mundo, con todos los conocimientos, los prejuicios y los tópicos que la literatura anterior y contemporánea ya había puesto en movimiento; la visión que él construye y propone recuerda otros textos (libros de viajes, relatos, obras de teatro) y otras imágenes de España: cuando el general Thiébault describe las posadas españolas, las corridas de toros, el modo de vestir, de hablar y de actuar de los españoles, sentimos que trabaja, no sólo un contexto histórico que ha cambiado, sino todo un intertexto y un imaginario románticos.

Como memorialista, el general Thiébault integra en su texto reflexiones sobre la memoria, el olvido y la distancia que separa los hechos de la redacción y el comentario. Obligado a efectuar elecciones en la línea del tiempo, las justifica y finge una redacción directa con un posible lector; de este modo se defiende de cuantas digresiones puedan interrumpir la marcha ordenada de su relato. Consciente de la técnica, esta superposición de tiempos que a veces los afectos le imponen, pero consciente también de las dificultades de recepción que puede provocar, la explica y la integra. Practica una especie de metaliteratura que ordena y procura la coherencia. Al mismo tiempo que se excusa, fuerza la estructura para introducir los incisos de los recuerdos que más le han marcado, los que considera más interesantes: “mais les faits qui avaient présidé à la création de ces gendarmes sont assez intéressants pour que le lecteur m’excuse si je leur consacre une digression” (p. 11)

Pero del mismo modo, retrocede ante detalles que considera inabordables, deja constancia de los olvidos que lamenta, pequeños vacíos de memoria, generalmente referidos a nombres o detalles muy concretos y que en el texto -exhuberancia de la escritura- ocupan mucho más espacio que el que hubiera dejado libre el olvido y que dan lugar a un lugar común sobre la memoria, argumento de todo memorialista: “mais ce nom a comme tant d’autres sauté de ma mémoire, et c’est pour moi l’objet d’un constant regret” (p. 49)

Señala a veces que esas lagunas tuvieron en su día un soporte, una escritura borrador, cuadernos y notas que se han perdido: “ce calepin, tout plein des notes et des croquis pris pendant ces courses, a disparu, et c’est un regret ajouté à tant d’autres” (p. 97)

Pero es curioso y sorprendente que este motivo del documento de interés que se ha perdido sea recurrente en las *Memorias* de Thiébault. En una especie de relato encastrado, de mise en abîme, el general Thiébault, respondiendo al lugar común de la “autenticidad”, utiliza el artificio del cuaderno de notas para reproducir, casi aparentemente al pie de la letra, su conversación con Napoleón. Hace explícito el procedimiento en una nota metaliteraria: “d’après le contenu de ce petit livre de notes longtemps égaré, que je rapporterai à la suite de cet épisode, mon entretien avec Napoleon...” (t. I, p. 247)

Justifica así su magnífica memoria en este caso, apoyándose en una escritura inmediata, especie de borrador-reportaje que no ha diferido la escritura de los hechos ni permitido los peligros de la distancia. Es una lucha material contra el olvido, pero técnicamente sabemos que de otro modo estas entrevistas con Napoleón (Napoleón-Légendre, Napoleón-Thiébauld) que simulan reproducir los diálogos con exactitud sorprendente y casi en tiempo real, no serían creíbles.

La tensión entre la verdad histórica - de la que Thiébauld respondiendo también a un lugar común de los memorialistas se erige en paladín- y la recreación literaria, se resuelve con un artificio técnico: Thiébauld toma notas, escribe las escenas que ha vivido, se documenta.

El motivo de la exactitud es recurrente y contrasta necesariamente con esa pérdida, también constante, de notas, cuadernos y otros documentos. Escritura en el presente (contemporánea de los hechos) y escritura diferida y elaborada con intención estética se llaman y se responden; a veces coinciden felizmente: al menos esa es la ilusión literaria que Thiébauld propone. Las notas hacen creíble la exactitud en el estilo directo en los diálogos recreados; la pérdida de esas mismas notas y de otros soportes justifica los olvidos y los errores. Esta tematización de la escritura, como objeto físico que aparece o desaparece según la convoca el memorialista es un comodín indispensable en este proyecto de recuperación del pasado histórico y de la memoria personal.

Thiébauld es perfectamente consciente de este doble juego. En el capítulo IV del tomo IV establece las diferencias y señala una verdadera declaración de intenciones:

Il y a d'ailleurs une différence infinie entre ce que réclame une Relation, qui n'a été que la copie de mes rapports au ministre de la guerre, et ce que commande la rédaction de Mémoires, dernier acte de la vie, par lequel on se traduit tout entier au tribunal de la postérité. (p. 182)

Je n'écris donc pas mes *Mémoires* que parce que, libre de toute influence, ils ne contiendront pas un mot qui, sauf les erreurs indépendantes de ma volonté, ne soit exact, et, pour les écrire, c'est-à-dire- pour sacrifier tant de devoirs de bienséance au droit cent fois plus sacré de l'histoire, il faut que je sois soutenu par cette pensée, qu'ils sont écrits comme en présence de Dieu et sous la garantie et la conscience de l'honneur (p. 183)

Si Thiébauld distingue las *Mémoires* de las *Relations* militares es para dotarlas de una importancia mucho mayor. Siguiendo la línea de los grandes memorialistas del pasado, Thiébauld convierte sus *Mémoires* en confesión ante Dios y ante la historia; en justificación ante sí mismo y en prueba de honor. Son funciones demasiado importantes para que una ordenada arquitectura narrativa se ponga en marcha, haciendo posible la coherencia, los ecos y los ritmos en una vida que sólo así se acepta y se descifra. De alguna manera las *Mémoires* sirven también de catarsis: su obligada elaboración literaria contribuye a abolir el azar. Si el general Thiébauld sufrió su historia, si sintió como una repetida herida la falta de reconocimiento y de

promoción, escribiendo sus *Memorias* es dueño de la estrategia que las funda. Es él quien reconstruye, ordena y explica, y está en sus manos el espacio y la importancia que concede a la presencia de los otros. Bandoleros, clérigos, generales, mariscales y príncipes, se convierten en personajes en sus manos. Napoleón también se convierte en héroe, pero novelesco. Sobre él puede decirse ahora todo lo que en el pasado fue silencio.

Los lugares ya no hieren, se han convertido en decorados útiles de la trama. Los temas, los motivos de España, revividos desde la doble distancia del tiempo y el abandono, pasados por el tamiz de la cultura, los textos y los tópicos románticos son notas pintorescas, juegos de contrastes, posibilidad de argumentos en una intriga novelesca.

Todo el arte de la ficción contribuye a convertir la vida en un relato que le da sentido y la hace tolerable. Pero al mismo tiempo, al relato se le otorga una función de ejemplo: la actuación del general Thiébault se propone como modelo (no tiene otra intención la descripción de los trabajos que lleva a cabo en el Gobierno de Burgos, la descripción de sus estrategias militares, o la de sus encuentros con personajes importantes de la época): el honor y la inteligencia presiden todos sus actos. Sabe ver más allá de las apariencias e intuir cómo va a desarrollarse la historia. Su relato le da la razón y legitima todas sus obras, todas sus palabras, controlando los valores que transmite, haciendo trabajar los símbolos y los mitos que pertenecen al imaginario colectivo y apostando -sólo apareciendo como víctima parece atraer las simpatías del lector- por un acercamiento emotivo de sus receptores, a través de la narración<sup>3</sup>, que provoca la identificación con el modelo.

Este motivo del ejemplo aparece a menudo de forma explícita. Es una especie de leif-motiv que explica los hechos: más importantes que las acciones, son sus efectos:

mais il m'a paru intéressant de montrer par cet exemple comment un peuple conquis juge ses conquérants assez justement d'après leur conduite, et par suite de quelques actions une conquête peut être conservée ou perdue. (p. 202)

El general Thiébault es objeto de una estima particular por parte de los habitantes del país conquistado. En Prusia, la impresión que deja sobre la población es sorprendente. Los ciudadanos de Fulde lamentan la partida del conquistador. Si ha provocado esta reacción, si ha influido de tal modo en los sentimientos del pueblo es porque se ha apoyado y confiado en su lealtad, en su religión y en su honor (palabras clave, que seguirán siendo centrales en las siguientes experiencias)

La influencia moral responde a una intención y está en su programa (un programa que el relato revela, a posteriori). Los hechos se responden de manera matemática. La estrategia funciona: “et pour la dernière fois, je sortis de Fulde, comme j'en méritais d'en sortir” (p. 110)

---

3 Como señala Ricoeur: «le temps devient humain dans la mesure où il est articulé de manière narrative» (Ricoeur, Paul. 1983).

La relación causa-efecto no falla nunca en el esquema narrativo. En Portugal, el general Thiébault también es objeto de una estima particular por parte de la población. En el momento de la salida de Lisboa, una situación de peligro extremo para todos, “le mot d’ordre était: “Mort aux Français” (p. 196), el general es el único que merece un trato diferente, sólo a él no le registran los baúles (muchos generales se llevaban objetos de arte) y como él señala: “C’est une des choses qui, dans ma vie, m’ont le plus flatté” (p. 198). Por ello insiste en los ejemplos que corroboran este trato diferente y señalan su merecimiento: mientras que los generales tienen que salir protegidos por una numerosa escolta, él puede permitirse pasear a caballo tranquilamente, seguido sólo por un ordenanza; la gente a su paso se quita el sombrero para saludarlo.

El sentimiento y el reconocimiento de las poblaciones conquistadas compensan su faltas en otros terrenos. Y estas faltas han sido tantas que Thiébault, para equilibrar su narración, tiene que multiplicar estas situaciones positivas. Insistirá en los contrastes: cómo son tratados los otros y cómo es tratado él; en qué situación se encuentran las provincias y poblaciones a su llegada y cómo las deja él...

La misma estructura se pone en marcha al relatar su estancia en España. La situación que encuentra es desastrosa, los trabajos que emprende suponen mejoras muy considerables. Trata bien a los españoles pues funda su trato en la lealtad y el respeto, y como contrapartida, necesariamente, es objeto de una estima particular y de un trato preferente. El ejemplo más significativo es el de su relación con las guerrillas. Algunos son testigos privilegiados de este hecho, como el general Suchet, y toman nota, como deberá tomar el lector de las memorias para interpretarlo en el sentido que el autor le recomienda:

*Il fut surtout frappé des résultats obtenus et de l'affection qui me témoignaient les habitants; précisément l'ordre venait d'être donnée aux guérillas de ne rien arrêter de ce qui voyagerait à mon nom ou porterait mon adresse, et cet hommage, le général Thouvenot à Vitoria, le général Tilly à Segovia l'on seuls partagé avec moi. (p. 330)*

Pero, ¿cómo fue al principio?, ¿qué vio Thiébault cuando entró en España? El capítulo VIII del tomo III ofrece una síntesis novelesca, un repertorio de motivos en acción. Es el capítulo más pintoresco, el que más debe a la literatura. Podría leerse perfectamente por separado como un relato breve, una mininovela de aventuras:

Thiébault pasa la frontera, llega a Irún, un agujero en medio de la noche y el mal tiempo. La primera descripción es la de una posada española. Thiébault no ahorra los adjetivos despectivos ni las comparaciones. Todo resulta de la peor calidad en España, los cuartos, las camas, la comida y el país en general resulta “repugnante”. Indiscutibles vencedores en la comparación, los soldados franceses se sienten superiores y fuertes y éste es el punto de vista que adopta Thiébault al contar las burlas de los militares que lo acompañan: meter a un perro en la cama y llamar al mejor médico de la ciudad, lanzar a los pobres monedas calentadas

previamente en aceite hirviendo (escena digna de la literatura picaresca), retirar la capa tras llamar a la doncella y mostrarse ante su asombro desnudo “como un gusano”, fingirse enfermos y a dieta para no probar las “infectas” comidas españolas, faltando a todas las reglas de la hospitalidad y el respeto, robar una calavera de una hornacina para crear un tétrico disfraz y asustar a una criada. Si Thiébault no participa directamente en estas bromas de sus hombres, las observa y las disculpa; y si establece una distancia moral, no puede impedirse la risa. Son los españoles y las españolas en este capítulo, seres arcaicos e inferiores de los que resulta fácil burlarse. La pobreza y la suciedad son las características más estables del país y de sus gentes. Y la pobreza aumenta a medida que se alejan de la frontera y de las ciudades del Norte<sup>4</sup>. También es siguiendo un recorrido, gradualmente, como se adentran en la España profunda de todos los tópicos. De la aventura, Thiébault pasa a la reflexión y a la generalización que sólo el tiempo puede haber hecho posibles y ofrece una síntesis: al atravesar la frontera todo cambia bruscamente, (y esto es nuevo, no le ocurrió así en otras campañas, en otros lugares) el idioma, el vestido, la comida... Todo advierte al extranjero, dice Thiébault, “de que se encuentra en presencia de una raza nueva, y no es sin asombro como llega a conocerla”.

De alguna manera esta “raza nueva” será retratada en las *Memorias* y Thiébault, a pesar de los estereotipos y los prejuicios que lo tranquilizan, la presentará con asombro. Ya está teniendo cuidado al señalar que los españoles son “diferentes”; la exageración y también la ironía que podría filtrarse en la expresión “raza nueva” seguirá teniendo a lo largo del relato una confirmación ambivalente.

De entre los personajes de esta raza, Thiébault elige hablar del “hidalgo”, con las mismas palabras y las mismas burlas que la literatura picaresca le había dedicado; Thiébault recupera el tipo literario: jugando con la antítesis de la hidalguía y la miseria, reproduce su discurso alambicado y la receta de su repugnante comida; para hablar del “cocido” habla de “olla podrida” y las palabras cantan.

Todo resulta gris en esta España miserable de la meseta. Los colores, el lujo de París<sup>5</sup> y de la corte cada vez están más lejos.

Los escritores viajeros del Romanticismo se quedaron con la España del sur, con la Andalucía oriental y colorida; el viaje de Thiébault se produce en otras circunstancias, en otro contexto. Thiébault se ve obligado a actuar en el terreno, a enfrentarse con problemas reales y a buscar soluciones prácticas. Su viaje es una obligación que lo aleja de su tierra y de su familia. Los motivos de la nostalgia, los problemas de la separación, de las dudas y los celos,

4 Aunque objeto de exageración y de burla, la realidad ofrecía pruebas evidentes de estas características. (Maldonado Aparicio, Joaquín. 2008: 63-82), señala y aporta estadísticas, el endurecimiento de las condiciones de vida, las dificultades económicas, sociales y políticas que precedieron a la guerra de la Independencia. Faltaba el pan, y no hay mejor indicador que éste de la miseria. Las dificultades que encontrará Thiébault para abastecer y alimentar al ejército se explican en este contexto.

5 París es el contrapunto ideal en muchas comparaciones y también el modelo práctico que sigue Thiébault en sus disposiciones y en sus obras. Todas las mejoras urbanísticas y administrativas que lleva a cabo se miran en el espejo de París. En Salamanca pondrá nombres a las calles y números a las casas: «maison numérotées, nom des rues comme à cette époque ils étaient à Paris» (p. 493)

ciertamente reales, se mezclan con los más prosaicos, con las necesidades materiales a las que tiene que dar respuesta y con la organización de un gobierno en “país conquistado”.

Quizás Thiébauld vio realmente una España gris y sucia; una España sin luz y sin colores: las capas pardas de los castellanos (“chocolate” como dirá Zozotte, su esposa), los rostros cetrinos de los campesinos, las casuchas plantadas en las “fastidieuses” llanuras, no tienen color, son el negativo de la vida, lo que está “del otro lado”; quizás escuchó realmente una España caótica, de ruidos estridentes y molestos. El sonido de los carruajes moriscos aparece reseñado varias veces, con las mismas palabras para hablar de su impresión, para hablar de la de su esposa, Zozotte. Y los olores, el olor de los cadáveres enterrados en las iglesias, que se cuele por las rendijas de las losas mal selladas. Todo es desorden, abandono, hedor y grisura. Pero tal vez lo es también para que Thiébauld lo cambie y lo arregle y para que este cambio resalte sobre un fondo tan negativo que a él lo convierta en héroe, en genial administrador y estratega. Plazas en Salamanca, monumentos y avenidas de árboles en Burgos, comentarios de perfecta simetría y orden que pueden recorrerse en carroza, hospitales, reformas de la justicia. Estos son los colores de Thiébauld que vienen de Francia. La descripción, participando de los estereotipos, es funcional, y el decorado se convierte en artificio narrativo<sup>6</sup>. Pero a pesar de la técnica, quedan detalles que convierten el relato en documento.

Un episodio de este capítulo VIII, reproduce el encuentro de Thiébauld con el Gran Inquisidor. En el trasfondo se intuye una historia de terror y misterio. El Gran Inquisidor no tiene nombre, y de alguna manera representa el mito:

*C’était un homme d’esprit, et forcé par le caractère de son habit de justifier l’institution infernale dont il était ministre, il mit assez de tact à réclamer contre ce qu’il appelait les mensonges débités à ce sujet. (t. III, p. 216)*

Si ante él Thiébauld da prueba de una cierta delicadeza, en su ausencia, los militares se permiten todo tipo de burlas y alegres caricaturas.

Otro episodio es el que tiene lugar con “la banda”, y también aquí el nombre, ahora en minúscula, determina un efecto narrativo. En esta ocasión, Thiébauld juega con la intriga, el suspense y la sorpresa, para acabar en el contrapunto irónico de una explicación con referencias literarias explícitas. Thiébauld prepara el marco: viajaban bastante relajados en los carruajes, incluso, como el calor era sofocante, se habían liberado de las corbatas, y chalecos, y dormitaban cuando se les anuncia que van a ser atacados por la gran banda.

La ignorancia de los personajes es la del lector que descubre al mismo tiempo que ellos la realidad y sus pormenores. Piensa inmediatamente en bandoleros y guerrilleros y más cuando van añadiéndose nuevas informaciones: “Depuis plusieurs mois, cette province était infestée par une bande de brigands de trois cents hommes, dont moitié à cheval”. (t. III, p.217)

6 A su llegada a Burgos tiene que destacar el caos y el abandono que la dominan, elegir los adjetivos más contundentes: «l’état affreux de cette province» (p.289) para dar relieve a la tarea sobrehumana que le espera: «la gravité des plaies que j’avais à guérir» (p.289).



Thiébault pone en marcha la misma estrategia que le ha dado el éxito otras veces: exagerar su número, dar la impresión de que son muchos más de los que son, aunque los componentes de este extraño grupo sean reclutados por la fuerza y formen el conjunto más heterogéneo y pintoresco (un conjunto bastante literario por otra parte que trae ecos de la picaresca, de los libros de viaje y más allá, de los fabliaux y cuentos medievales: arrieros, un cura con su mula, cuatro criados, un postillón). Thiébault hace el recuento y comenta con humor: «treize (...) Comme je l'observai, c'était assez pour jouer la Passion, mais non pas pour faire face à trois cents hommes résolus et bien commandés». (t. III, p. 218).

A punto ya de encontrarse a la temida banda, se descubre el misterio y el contraste es un brillante golpe de efecto digno de la novelas de caballería: la banda se ha transformado en un grupo de cuarenta hombres, mujeres y niños miserables que vuelven al pueblo después de recoger leña. Son esas gentes las que se asustan al ver hombres armados.

Mais si nous fumes rassurés, il n'en fut pas de même de ces pauvres gens, qui voyant accourir sur eux des hommes en chemise, débraillés, les manches retroussées et armés de sabres nus, de pistolets fourrés dans la ceinture, de carabines et d'espringales, nous prirrent pour de brigands et jetèrent les hauts cris (t. III, pp. 218-219).

Thiébaut exagera este quiproquo narrativo y la fuerza simbólica resulta extraordinaria: el “otro”, objeto de temor, cambia de bando al cambiar la perspectiva. Y aún más: una de las mujeres, incapaz de soportar la escena, se desmaya. Para que vuelva en sí, Richebourg le hace oler un frasco de sales, algo tan inusual para ella, que despierta de un salto. Tal vez ocurriera así; Thiébault ha señalado que pretendía ser veraz y contar lo que ha visto. Sin embargo, la anécdota reproduce el motivo de un fabliau: la dama es tan rústica que las sales de nada sirven y es necesario hacerle oler una boñiga para que vuelva en sí. Más delicado Thiébault en la explotación del motivo, no lo es sin embargo en la elección del vocabulario. Los términos están elegidos para producir un efecto determinado: animalizar a estas pobres gentes, rebajar a estos pueblerinos españoles en su miseria y en su ignorancia. Finalmente son “un troupeau”, un rebaño con toda la carga peyorativa de la palabra. Como un rebaño, son obligados a unirse al grupo y a participar en la estrategia de Thiébault; ya eran casi unos sesenta, y la aventura continua.

Siguen avanzando y encuentran un castillo abandonado. La novela de caballerías sirve otra vez de modelo. El castillo es la guarida de los bandidos; alguien tiene la extravagante idea de lanzarse a atacar a los que allí se encuentren... y de nuevo, el contraste; y la referencia literaria: irónicamente se compara esta ocurrencia con las de Don Quijote: “le héros de la Manche” y a tanto ímpetu y arrojo, se opone la realidad de los elementos. Se hunden hasta las rodillas en un terreno embarrado. Los del castillo han cerrado las puertas. Delpech se acuerda del dinero que quedó en el carruaje... Y la aventura da marcha atrás. La realidad frente a la fantasía. Sólo una perspectiva distanciada es capaz de establecer este equilibrio en la sintaxis narrativa.

El motivo de la banda ha facilitado la anécdota y el pequeño relato que la soporta. Aún dará más juego. Thiébault se empeña en precisarlo, en dirigir su interpretación. Sigue informándose sobre la banda y sobre los medios con los que cuentan para destruirla. Pregunta al corregidor de la Nava y su respuesta la convierte en una nueva anécdota pintoresca. Como en otras ocasiones, Thiébault reproduce y comenta las palabras españolas que lo sorprenden, aquéllas que transmiten rasgos de las costumbres y del carácter de los españoles de una manera directa, casi física; son palabras que a él le resultan pintorescas, por todo lo que pintan del “otro” y por su sonoridad, y el color exótico<sup>7</sup> Consciente de la digresión que el motivo puede introducir, Thiébault lo incluye en una nota:

J'avais oublié cette circonstance si caractéristique et c'est M. Delpuch qui vient me la rappeler, et même de me rappeler le mot «descortezar» dont le corregidor se servit et qui nous fit tant rire. (t. III, p. 220).

Thiébault, atento al lenguaje, pintoresco para él porque descubre en la palabra el sentido literal que para el nativo ya pasa desapercibido, ríe ante tamaña simpleza y primitivismo, porque es el lenguaje del “otro”, siempre inferior y menos civilizado.

Todo lo integra en la estrategia del ejemplo. Las anécdotas no pueden quedar sueltas y descabadas como en un repertorio arbitrario. Las anécdotas funcionan dentro de un plan, de una estructura narrativa cuya finalidad, en parte, confiesa: «J'ai raconté ce fait comme un trait des moeurs espagnoles à cette époque. Et en voici un autre.» (p. 220).

La explicación sirve para justificar una anécdota y para dar entrada a otra nueva. Y para señalar el camino de la interpretación correcta de cuantas anécdotas sobre los españoles aparezcan en sus memorias. Desde su posición de observador superior, Thiébault no sólo se va a dar cuenta de los hechos, también va a sacar conclusiones y proponerlas como la verdad a sus lectores (los ejemplos funcionan como el mejor argumento, y como el más atractivo).

Para que los ejemplos funcionen, es necesario que sean claros, inmediatamente reconocibles; la retórica de la antítesis sorprendente, de las exageraciones y el humor se pone en marcha en cada anécdota, para que de lo particular pueda pasarse rápidamente a la síntesis reductora y a la conclusión generalizadora.

Como en cualquier autobiografía, la relación entre la autenticidad proclamada y la retórica que se pone en juego es ambigua. En el caso de la temática española, esta ambigüedad tiene un valor añadido: se propone a una lectura entre líneas y favorece una identificación con el autor, más allá de los tópicos. Autobiografía y retórica se tocan y seducen en la ironía.

La siguiente anécdota ilustra otro rasgo del “carácter español”: la dejadez, la renuncia a la acción o la aceptación del destino, según se mire. Aquí, contemplado por Thiébault, se trata de un rasgo negativo: las gentes del pueblo no hacen nada mientras se quema una de

---

<sup>7</sup> Éste será también el caso de la reproducción y el comentario de la palabra “hombre”, pronunciada por la marquesa de Montehermoso (p. 347), en el transcurso de una discusión acalorada.

las casas principales. Son los hombres de Thiébault quienes luchan por sofocar el fuego, y quienes obligan a los lugareños a participar en la tarea.

Para dirigir la interpretación de esta anécdota, Thiébault, en una nota, ofrece otro ejemplo, aún más claro, pues reproduce el decir del personaje en estilo directo:

*Quelque extraordinaire que soit cet effet de la superstition, en Espagne il n'a rien que d'ordinaire. J'ai vu dans le même pays, des malades refuser de voir des médecins; un homme ayant la gangrène au pied, s'opposer à ce qu'on lui coupât la jambe, et toujours d'après cette pensée: si Dieu veut que je guérisse, je guérirai sans rien faire; s'il ne le veut pas, je mourrai quoi que l'on fasse.»*  
(t. III, p. 221)

Estas actitudes son clasificadas como supersticiones, modo de actuar primitivo, propio de gentes retrasadas y sin cultura. Así explica también Thiébault la falta de recursos en las regiones del centro de España. No se cultiva bien el campo, no se le saca el provecho que se le podría sacar y no sólo eso: hasta se estropean los frutos que la naturaleza da por sí misma. Por esto, las aldeas que se atraviesa son miserables; la razón principal es la desidia de sus habitantes y la falta de gobierno.

En el desierto que atraviesa, y dejando aparte las ciudades del norte (al general Thiébault le hubiera gustado quedarse en Vitoria), Burgos se salva por ser la cuna del Cid y por las magníficas torres de su catedral, Salamanca por su catedral, sus palacios, su puente, su universidad... Thiébault ofrece una visión panorámica que sólo puede haberle proporcionado la literatura y cuantifica por redondeo hasta hacer de la cifra un signo de excelencia; la descripción parece surgir de un aguafuerte:

*Avec ses cinquante églises, ses cinquante couvents d'hommes, ses cinquante couvents de femmes, ses cinquante collèges, son antique université, sa magnifique cathédrale, son superbe palais épiscopal, sa très belle place, son pont phénicien, j'espérais que Salamanque où j'arrivai le 26 juin, pourrait me fournir plus d'intérêt qu'un couchée;* (t. III, p. 221)

Los adjetivos que Thiébault dedica a Salamanca contrastan con aquéllos que les dedica a otros lugares de España. Pero la exageración confirma que habla de memoria - una memoria libresca y sobre todo pictórica - y cae en errores como el de ese "puente fenicio" que, si bien suena a grandioso y antiguo, le hace poco honor al puente romano de Salamanca. Y esta maravillosa estampa, la más retórica quizá, llena de epítetos que Thiébault le dedica a una ciudad, se deshace en la anécdota que comenta unas páginas más adelante. Comienza con un estereotipo: "La saleté est une calamité du Midi", una aserción que no admite réplica y se confirma en el ejemplo de Salamanca, que supera a cualquier ciudad del Midi.

*Les vasarès de Marseille existent dans tout la Péninsule; seulement, au lieu de jeter ces horreurs pas la fenêtre, on avait a Salamanque par exemple, l'usage*

de les recueillir dans de longs pots de terre, qu'à l'entrée de la nuit, les criadas (servantes) portaient sur leur tête pour aller les vider en différents endroits et, le croirait-on, au milieu de la place d'Armes, où cela devenait ce qu'il plaisait aux chiens, à la pluie et au soleil d'en faire. ( t. III, p. 233)

Una palabra española, “criadas”, que Thiébault traduce para el lector francés, aporta la nota pintoresca, y una interrogación retórica obliga al lector a compartir la asombrada extrañeza. Todas estas anécdotas justifican y hacen que brillen más las obras que Thiébault realizó en Salamanca y en Burgos, las mejoras urbanísticas que llevó a cabo, el orden y la higiene que introdujo...

Pero otros temas no pedían actuación alguna; eran prácticas españolas que podían pasar por bárbaras y primitivas más allá de la frontera, pero que se presentaban a la curiosidad de visitante como radicalmente distintas, “otras”, ni dispuestas ni aptas para la mejora, imponentes y gratuitas. Thiébault no podía olvidar las corridas de toros en esa antología de recuerdos, de *morceaux choisis* que es el capítulo de su entrada en España. Thiébault se ejercita en las posibilidades retóricas de “la primera vez” y cuenta las impresiones de la primera vez que asiste a una corrida de toros.

Reproduce en español los términos necesarios: “picadores”, “matador”, a veces con errores “banderillos”, pues reproduce de oído, como ocurrirá también con muchos patronímicos españoles que adapta a la fonética francesa<sup>8</sup> y quizá porque éste es el sentido que le sugiere, traduce “corrida” por *combat* y numera cada toro según este esquema: “primer combate”, “segundo combate”...

Se muestra cohibido al describirlo, temiendo no encontrar las palabras adecuadas para representar tan extraordinario espectáculo y explicita este motivo como la humillación del escritor ante la materia que quiere trasladar su arte; es su manera de decir que no hay palabras y de otorgar a su documento un carácter superlativo:

Lorsque le matador, n'ayant en main que son écharpe rouge et son épée, entre en scène, seul pour jouer un face à face avec cette brute en furie, il est difficile de rendre l'effet de ce spectacle pour quiconque le voit pour la première fois. (p. 236)

Thiébault cuenta la corrida en presente, en frases ágiles, dinámicas, llenas de ritmo, como una danza donde no sobre ningún paso: estamos ante una descripción de antología; un fragmento escogido. Era la primera corrida que Thiébault veía en una plaza, pero no era la primera que leía, ni era su primer grabado. En una nota, señala:

Peu avant mon arrivée à Madrid, avait péri un nommé Moreno, le plus fameux des matadors; une gravure le représentait la poitrine percée par une des cornes du taureau et ainsi accroché, emporté par cet animal. (p. 235)

8 Por ejemplo “Godoy”, que en su texto será “Godói”, para que un francés lo escuche como suena en España.

Thiébault confiesa que se aficiona a lo que empezó siendo un suplicio. Y si primero asistió a las corridas para no hacer un feo a los españoles que gobernaba, acabó asistiendo por propio gusto. Otra curiosidad fue la Ópera, un escenario que hizo posible su relación con algunas damas españolas e intrigas de amor bastante novelescas. Thiébault se permite aquí jugar con los tópicos del amor más conocidos e incluso ironizar sobre ellos. Permiten el desarrollo de intrigas que atraen la atención del lector y que sirven de contrapunto a las estrategias militares: estrategias amorosas, luchas de intereses y pasiones que comparten las mismas metáforas que la guerra. La mejor manera, la más divertida para que el yo entre en la historia, coincide un momento con ella y nos la acerque.

Pero si la Ópera es el escenario de las aventuras amorosas alambicadas, y aparentemente “corteses”, otros escenarios, las posadas y los alberques por ejemplo, lo son de amores más alegres y menos comprometidos. Amores de juego y de burla que reproducen actos típicos de las novelas de capa y espada, encuentros fortuitos, sorpresas, confusiones y altercados dramáticos por el movimiento, pero nunca trágicos. La anécdota de Richebourg con la hija del posadero es la más festiva: Richebourg, con calzas de lana para no hacer ruido, entra en la habitación de la joven para despedirse de ella la noche de su partida. Pero el padre de la joven, descrito con todos los tópicos que pintan al caballero español, se ha enterado de la historia y espera a Richebourg en la cama de su hija. Lo que sigue es digno de un entremés barroco:

Il avance le bras pour recevoir une main pétrie par les Grâces, lorsqu’il se trouve saisi par une poigne rude, velue et décharnée, tandis qu’une voix de tonnerre lui crie: “Qué quiere este caballero?” C’était le père de notre nichée d’amour, el señor Morales... (p. 257)

Y otra curiosidad fueron para Thiébault las ceremonias religiosas en España, a las que se veía obligado a asistir por su cargo y por respeto, pero en las que sólo es espectador, como en los toros. Sus comentarios son los de quien observa desde fuera y se fija en el detalle agrio, los de quien intenta descubrir las intenciones ocultas y los intereses en juego. Si por un lado se conforma con los estereotipos que la literatura ha sellado (la avidez de poder y riquezas del clero, sobre todo), con los detalles de su experiencia introduce figuras diferentes, clérigos cultos con los que se entiende, como el canónigo de Santiago.

El capítulo que relata la entrada en España y las primeras impresiones es un inventario organizado en narración. Retóricamente, se ponen en juego la exageración y el contraste. La comparación con Francia siempre está ahí, explícita o implícita. Francia, y sobre todo París, son el modelo por el que todo lo nuevo se mide. A mayor distancia, mayor burla, mayor desprecio y mayor ridículo. Sólo los hechos excepcionales se salvan, precisamente porque no tienen modelo con el que medirse<sup>9</sup>.

9 En el lado español, también funciona la burla como arma política. La burla circula en las canciones y en las coplas maniqueas, hace un héroe del combatiente español y un cobarde del francés, enardece el sentido patrio y el papel del pueblo, ridiculizando al enemigo. (García Figuerola, Miguel. 2008: 83-96).

A esta presentación tendenciosa se une la voluntad de fabricar una historia, o de dar al recorrido el hilo y la forma, la organización cerrada de un relato. El capítulo VIII lo contiene todo: la novela picaresca y sus burlas, las novelas de aventuras y sus sorpresas, la novela de caballerías y sus héroes, los personajes, los tipos, los amores; un personaje permite unir anécdotas y fragmentos en un mismo recorrido y un mismo tono: el soldado fanfarrón. En este capítulo, España se ve en el espejo de la novela.

Pero la ambigüedad resiste. Son memorias. Un “yo” domina; un autor poderoso que se sitúa en un alto y que en la superposición de tiempos y el sucederse de espacios ve lo que ha de venir. Con lo que ya ha sido, organiza su profecía, sintetiza y explica.

Al final del capítulo, se acaban las risas y las burlas. El tono se vuelve resignado, amargo; el resumen del capítulo se convierte en presagio.

Jamais pays, je le répète, ne fut plus odieux à nos troupes. On eût dit qu’elles avaient le pressentiment des quatre cent mille hommes avec qui, de 1808 à 1813, nous devions y entrer et sans la perte desquels nous serions restés maîtres du monde» (p. 258)

En los capítulos siguientes, la visión que Thiébault ofrece de España parece más realista, aunque el carácter de construcción de su escrito no se desdibuja.

En el capítulo VI del tomo IV, España es el “teatro del drama”<sup>10</sup>. Thiébault sintetiza la situación con lucidez y una valentía que sólo la distancia ha podido hacer posible:

Ce drame auquel l’Espagne servait seule alors de théâtre, en était à son second acte au moment où j’allais rentrer dans la Péninsule; en effet, l’occupation traîtresse de l’Espagne, les affaires de Madrid... (p. 244)

Además de la guerra, que ahora aparece en su realidad devastadora, las circunstancias son especialmente negativas. Y ya no se trata de comparar las ciudades españolas con las francesas; Thiébault se encuentra ante una población real a la que ve sufrir y a la que, con razón, siente hostil.

Le désespoir et la rage transportaient les habitants, et le manque de tout, voire même la disette, multipliaient les épidémies qui dévoraient nos troupes. La ville faisait horreur, on se tuait, et les paysans et soldats pouvaient conjuguer tous les temps du verbe «j’assassine». (p. 281)

La visión parece más realista, más cercana a lo que ocurría en la vida diaria de la gente, al sufrimiento de la población civil.<sup>11</sup> En cuanto a fuerzas y estrategia militar, la des-

10 La misma palabra sirve para presentar Burgos: “Cette ville, théâtre de toutes les abominations” (p. 282).

11 Algunos capítulos, algunos fragmentos ofrecen una mirada sobre la historia que, respondiendo al presupuesto estético del testimonio (“yo lo vi”), pueden favorecer un acercamiento a los hechos más cotidianos, más locales; un acercamiento histórico y no mítico (que es el que parece predominar) sobre la Guerra de la Independencia.

proporción a favor de la milicia francesa en perjuicio de la española resultaba abrumadora.<sup>12</sup> Thiébault da cuenta pormenorizada de la formación de los ejércitos. Siempre que depende de él, pone en marcha una estrategia que tiene en cuenta las características de esta guerra y del ejército español, y sobre todo la particular lucha de las guerrillas.

La guerrilla inventó una forma de hacer la guerra y una palabra que se utiliza en castellano en todo el mundo. En esta parte de las *Memorias* de Thiébault, es un auténtico leitmotiv. Según la historia más reciente, y quizás también la más objetiva, la guerrilla estaba integrada por desertores cercanos al bandidaje, por campesinos y curas absolutistas, o por artesanos liberales. Es cierto que representaron un papel esencial al privar a los franceses del dominio del territorio. Pero atribuir unos rasgos comunes a todos los movimientos guerrilleros que surgieron contra los franceses cuando se disolvió parte del ejército regular español es un tópico y un mito del imaginario popular que servía para alimentar el concepto de “nación española”.<sup>13</sup> Thiébault tendrá un contacto real con las guerrillas, ideará estrategias para combatir las y, en ocasiones, derrotará algunas, pero la visión que ofrece se aproxima más al mito que a los hechos. Señala ejemplos de abusos y crueldad<sup>14</sup>, pero por ambas partes. Las represalias, las venganzas que anuncia el Marqués de España son la respuesta a los “actos caníbales” de las tropas francesas. Sus palabras no dejan de provocar una cierta identificación con el personaje; afianzando el mito de la nación entera en armas contra el invasor.

Il me prévenait néanmoins qu’il était en mesure de faire arriver à la connaissance de l’Empereur tout ce qu’il voudrait, et notamment le contenu de sa lettre qu’il terminait par cette formule: «Dieu vous conserve un grand nombre d’années... , mais hors d’Espagne.(p. 532)

A Thiébault le interesa esta explicación aunque, para justificar la derrota de los franceses, tenga que engrandecer de alguna manera las fuerzas y las posibilidades, y sobre todo las características del adversario. La diferencia será la causa del desastre. Sólo es posible demostrarlo si esta diferencia se pone de relieve. Thiébault es quien se da cuenta de ello, quien de algún modo parece prever el desastre; su estrategia responde a menudo a la situación real, no

---

Entre los actos del Bicentenario, figura la Exposición de la Biblioteca Nacional: *Miradas sobre la Guerra de la Independencia (150 grabados, 40 dibujos de Goya)*; comentándola, Villena, Miguel Ángel. 29-II-2008. *El País*, señala que “los ocupantes franceses fueron despiadados y los resistentes españoles respondieron con la misma ferocidad”.

- 12 Como señala el historiador Miguel Artola, “Napoleón había introducido novedades organizadoras y mejoras en el armamento que convertían a su ejército en muy poderoso. Francia puso en marcha, por ejemplo, la división como una parte del ejército, que integraba a todas las armas, es decir, infantería, caballería y artillería, y que permitía una gran movilidad de tropas” (Villena, Miguel Ángel, 2008).
- 13 Las investigaciones actuales tienden a alejarse de la epopeya heroica, y lo que se encuentra, más que una predisposición unánime a sacrificarse por “España”, son luchas políticas locales y abusos inmediatos de las tropas invasoras.
- 14 El asesinato de M. Deslandes y la captura de su mujer por Mina es uno de estos episodios (p. 565), que no se libran, sin embargo, de los artificios dignos de una novela de aventuras. En la distancia, la España desvalorizada se ha convertido en una España soñada y en un cuadro novelesco excepcional.

así la de otros generales, no así la de Napoleón, que cree que esta campaña no difiere de otras que culminó con éxito. Pero en España, es diferente (aunque ahora el estereotipo se vuelva positivo) y Thiébauld también es diferente de los demás generales: va a demostrarlo con sus acciones y sus reflexiones. Con este fin, Thiébauld describe la guerra de guerrilla, su método de lucha, mitificado hasta el punto de hacerlo proceder de los árabes:

J'avais rédigé pour ceux-ci les instructions les plus complètes, et tout cela n'avait abouti qu'à de tracs que nous exécutions en nous portant en avant, mais que nous subissions en revenant, parce que d'après la méthode des Arabes, leurs ancêtres, les Espagnols fuyaient dès que nous marchions contre eux, et nous poursuivaient ou s'embusquaient sur nos flancs et nos derrières dès que nous nous retirions. (p. 356)

Frecuentemente repite Thiébauld la descripción de la táctica de las guerrillas con la admiración y el interés de un estratega militar. El motivo alcanza la dimensión de una obsesión; los adjetivos funcionan como hipérbolos («Don Julián à la tête de sa terrible troupe d'insurgés»; p. 432); Thiébauld necesita sintetizar para controlar fenómeno, al menos mentalmente. Una serie de generalizaciones recurrentes explican la guerrilla: «Ces bandes, toujours battues, jamais vaincues et qui, détruites, se reformaient de suite...» (p. 370).

Con desesperación reconoce que aún teniendo ocho veces más tropas de las que serían necesarias para vencerlas, sólo emprende contra ellas unos movimientos que «généralement n'aboutissent qu'à les aguerir en fatiguant les troupes» (p. 448).

A su pesar, y con el concurso de un intertexto romántico, Thiébauld engrandece al enemigo, le da categoría de adversario y lo convierte en héroe. Un paisaje virgen, agreste, unas «régions sauvages» son la guarida de la guerrilla. En la metonimia del contenido al continente, Thiébauld se permite las más románticas expresiones de entusiasmo: «la forêt vierge» donde caminan en el silencio más absoluto, «chênes gigantesques», «branches colossales», «trunks grandioses»; un paisaje en el que Thiébauld se siente mínimo y perdido: son los estereotipos románticos.

J'allais coucher à Palacios de la Sierra, mot qui à lui seul suffirait pour indiquer que j'errais au milieu des plus hautes montagnes, des plus âpres rochers (...) lorsque le chef de cette bande avait su que je me jetais dans ces montagnes, il avait mis entre lui et moi des masses de rochers à travers seuls quelques torrents avaient pu se frayer des passages, passages dont aucun homme n'avait seulement la pensée de profiter. (pp. 362-363)

Si esta «magnificence de la création» provocó un grito de asombro que se elevó «comme un hymne adressé à la Providence» (p.362), no es menor la admiración que suscitan los hombres que la habitan y son dueños de estas regiones.<sup>15</sup>

15 La descripción del paisaje puede imitar modelos literarios conservando detalles realistas. En ocasiones Thiébauld nos hace participar en escenas que parecen verdaderos espejismos, como los de Don Quijote. La imagen



El carácter de los españoles, y en concreto el de los castellanos, es el que de algún modo da la fuerza a las guerrillas y las conforma. Atrás quedan los motivos de la dejadez y la superstición de los españoles. Se revaloriza el sentimiento del orgullo y del honor y el adjetivo «fier» aparece como un verdadero epíteto épico: «*fiers castillans*» (p. 280). El fanatismo y la exaltación se explican:

Celui des espagnols est à la fois politique, national et religieux; jour et nuit, cent mille apôtres prêchent ce fanatisme avec fureur à des hommes ignorants et exaltés, sobres, résignés et braves. (p. 394)

La evolución es evidente: estos hombres ignorantes no carecen de pasión; son resignados (ya no apáticos) y valientes. Estos adjetivos reproducen el estereotipo que se lee como un halago y que rima con el mito nacional: los españoles se ven como les ven:

Pour abuser à cet égard, il fallait n'avoir aucune idée de l'impassibilité des Castillans, de leur résignation, de leur courage et d'une sobriété qui leur rendait la famine impossible. (p. 407)

En estas características cifran su tradicional manera de ser y la defensa de su identidad contra el intento de dominación extranjera. Thiébault alimenta el mito: la defensa obstinada y feroz de los españoles frente al invasor simboliza la lucha por la libertad, valor central del personaje romántico. Thiébault lo resume en fórmulas lapidarias: «*pour réduire l'Espagne, il eût fallu la battre toute entière dans chacun de ses enfants*» (p. 405), dignas de los héroes del teatro romántico, y sobre todo en una que no ha dejado de tener continuaciones: “que pour vaincre les Espagnols, il faudrait les convaincre» (pp. 393, 402) y de la que hizo el eje de su particular campaña, la que le obligó a completar su estrategia militar con una estrategia civil y civilizada que le valió el reconocimiento y el afecto de la población.

Tuvo tiempo para entablar relaciones, amistades, componer música, hablar de literatura. A punto está de mejorar las traducciones que existían entonces del Quijote<sup>16</sup> y parece ser que tradujo algunos fragmentos de Quevedo que se han perdido. Tuvo tiempo de poner a prueba y contrastar sus ideas de España y de los españoles que conoció; tuvo tiempo, desde que ocurrieron los hechos hasta que escribió sus memorias, de ordenar los recuerdos, de fabricar la estrategia para hacerlos funcionar en un relato. Y tuvo tiempo de plantear ambigüedades, camuflándolas y sin borrarlas, ofrecerlas embellecidas, literarias.

Al final del capítulo VII, Zozotte llega por primera vez a España. Desde el capítulo

---

de los caballeros españoles a contraluz en el crepúsculo y la de las Amazonas que se alejan según ellos avanzan, como en los sueños: «...huit cents hommes de cavalerie espagnole, en bataille, tous bien montés, bien équipés, bien habillés, bien armés et qui, éclairés par le soleil couchant formaient un coup d'oeil non moins Beau qu'imposant.» (p. 372).

16 Don Quichotte devint naturellement un de mes premiers sujets d'entretien (...). Si l'idée m'était venue de rétablir le sens véritable des passages mal rendus, j'aurais fait un travail utile et curieux” (p. 309).

VIII del tomo III hasta ahora, Thiébault ha tenido tiempo de modificar sus ideas en el contacto con el pueblo. Zozotte, no. El episodio de Zozotte reproduce en clave de humor (y esto lo justifica) todos los estereotipos de una visión desvalorizada de España. Como señala Thiébault, Zozotte llega con prejuicios:

Si l'Allemagne lui avait plu, L'Espagne lui fit horreur. Il est vrai qu'elle était mal disposée pour tout ce qu'on lui avait dit de ce pays et qu'elle arriva dans un si mauvais moment, que rien ne trouva grâce à ses yeux. (pp. 313-314)

Desde este punto de vista, se repiten los motivos que, en el capítulo VIII, fueron objeto de las burlas de los soldados: las ciudades, los alojamientos, el ruido ensordecedor de los carruajes moriscos, la actitud de los castellanos; y se añade el miedo al "otro" en el personaje de Zozotte. El temor que le hace ver amenazas en todas partes, cuchillos y puñales bajo las capas, esos "manteaux chocolat" (p. 317) que le revuelven el estómago y que para Zozotte, resumen una España parda, sucia y pobre. La que despedirá a tiros al general, al final de la aventura.

C'est ainsi qu'après sept ans successivement passés dans la Péninsule, j'en sortis pour la dernière fois et que, tout en laissant tant d'hommes qui m'étaient attachés et dévoués, et une haute estime parmi ceux qui m'avaient combattu, c'est ainsi, dis-je, que je reçus à coups de fusils les adieux des Espagnols. (p. 591)

Sin embargo, quedan la memoria y quedan los recuerdos. Siguiendo su política, Thiébault construyó en Burgos un monumento en memoria del Cid, héroe nacional con el que se identifica el pueblo; un héroe también para Thiébault quien también se propone a la identificación. El Cid permanece en la memoria de los hombres. El monumento que Thiébault le levanta al Cid también perpetuará su recuerdo. Sin embargo las *Mémoires* las que realmente contribuyen a perpetuar ambos recuerdos, el de Thiébault y el de su monumento, hace tiempo destruido.

### Referencias bibliográficas

- GARCÍA FIGUEROLA, Miguel. 2008. "Coplas y canciones populares sobre la Guerra de la Independencia recogidas en la provincia de Salamanca" in *Papeles del Novelty*, n.º 17, 83-112.
- MALDONADO APARICIO, Joaquín. 2008. "Una década difícil, 1800-1809" in *Papeles del Novelty*, n.º 17, 63-82.
- RICOEUR, Paul. 1983. *Temps et Récit*, Paris, Senil.
- THIÉBAULT, Paul. 1883-1895. *Mémoires du général Bon Thiébault, publiés sous les auspices de sa fille Mlle. Claire Thiébault, d'après le manuscrit original par Fernand Calmettes*. Paris, Librairie Plon.
- VILLENA, Miguel Ángel. 29-II-2008. "Miradas sobre la Guerra de la Independencia (150 grabados, 40 dibujos de Goya)". *El País*.